

Antonio Pereira, escritor

"Cuento para seguir viviendo"

ANTONIO Pereira nació en Villafranca del Bierzo en 1923. Se estrenó como poeta en 1964 con *El regreso*, como cuentista en 1967 con *Una ventana a la carretera*, y como novelista en 1969 con *Un sitio para Soledad*. Es posible que a alguno no le suene su nombre. Sin embargo, Pereira es uno de los escasos maestros indiscutibles del relato en lengua castellana. Alejado del ruido de moscas del mundo literario y sus cacharrerías, más brillantes que limpias, Pereira ha ido forjando una obra persona que transita a través de los géneros de manera admirable, quizás porque lo suyo, por encima de todo, ha sido y es contar.

-En los años setenta reunió sus poemas con el título de *Contar y seguir*. Hace un par de años publicó una selección de sus relatos que llevaba por título *Me gusta contar*. ¿Su divisa sería *Vivir para contarlo*?

-Sí, ese pudo haber sido mi lema. Ahora, me parece mejor formularlo invirtiendo los términos: "Contar para seguir viviendo". ¿Qué haría yo a estas alturas de mi vida si no fuera por el contar? Contar lo real y lo soñado.

-¿Todo puede contarse?

-Sí, incluso lo más trivial, siempre que al relato se le sepa dar trascendencia hacia lo universal.

-¿Es de los que detestan los relatos con un final redondo?

-No los detesto, pero eso de cerrar "con broche de oro" ha dejado de preocuparme. Más que el final me interesa el comienzo del cuento, enganchar al lector en las dos primeras líneas. El final a veces se presenta solo. Estás acercándote a la culminación, has puesto un punto y de repente se presenta el chispazo: ¡Quieto! ¡Punto final! Una orden raramente engañosa.

-¿Es su caso, el cuento y el poema tienen mucho en común?



-Esto, por lo menos: concentración, potenciación de la palabra, predominio de la emoción sobre la información:

-Alguna vez ha dicho que su obra literaria, sus novelas, poemas y cuentos forma un sólo libro.

-Me suena haberlo dicho. A lo largo del tiempo uno suelta muchas frases. Esta que usted me recuerda, parece aplicable a casi todos los escritores.

-Los *Cuentos de la Cábila* iban a ser, en un principio, una suerte de memorias de infancia. ¿Cómo se convirtieron en relatos?

-Edilesa hace Los libros de la Candamia, una preciosa colección de narrativa que busca la memoria primera e íntima de los escritores. Empecé a redactar con talante de memorialista y en seguida vi que eso no me interesaba. Como cada uno de los capítulos ensayados tendía hacia la independencia y a producir el efecto único que Poe postulaba para el cuento, dejé de "redactar" y empecé a "escribir", o sea, a crear. Mi libro son cuentos, ficciones, por mucho que se sustenten en datos autobiográficos.

-No describe la infancia ni como paraíso ni como patria añorada. De hecho, es uno de los pocos escritores que no la idealizan.

-El niño que yo fui, sí me merece cariño. Soporto con benevolencia al joven que se endomingaba con corbata y brillantina para conquistar a las chicas. Pero me fastidia aquel adolescente de gafas prematuras y precocidad literaria, y algunos de los cuentos son un ajuste de cuentas con tal personajillo.

-¿Cacabelos puede ser tan cosmopolita, desde un punto de vista literario, como París o Nueva York?

-Manhattan o Montparnasse son en sus cocinas y en sus alcobas tan "locales" como Cacabelos.

-La ternura y el humor suelen ir de la mano en sus relatos

-Siempre. La ironía es una forma de conocimiento y un recurso para transmitirlo. Pero nunca llego al sarcasmo. Amo a mis criaturas incluso cuando critico o fustigo.

-En alguna entrevista se ha descrito como un escritor "lento y afanoso". Desde fuera, da usted la sensación de ser un hombre -un escritor- sin prisa. ¿Lo es?

-Soy un tipo de apariencia engañosa. Escribo como quien cabalgara despacio sobre un caballo siempre a punto de encabritarse.

José Fernández de la Sota